

COMPARTIR CON LA HUMANIDAD

14 de Junio de 2020

Evangelio según JUAN 6, 51-59

Dijo Jesús a los judíos:

—Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que come pan de este vivirá para siempre, pero, además, el pan que yo voy a dar es mi carne, para que el mundo viva.

Los judíos aquellos discutían acaloradamente unos con otros diciendo:

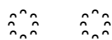
—¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Le dijo Jesús:

—Pues sí, os lo aseguro: si no coméis la carne del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. Quién come mi carne y bebe mi sangre tiene vida definitiva y yo lo resucitaré el último día, porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. Quién come mi carne y bebe mi sangre sigue conmigo y yo con él; como a mí me envió el Padre que vive y, así, yo vivo por el Padre, también aquel que me come vivirá por mí.

Éste es el pan bajado del cielo, no como el que comieron vuestros padres y murieron; quien come este pan vivirá para siempre.

Esto lo dijo enseñando en una sinagoga en Cafarnaún.



Si queremos redescubrir el hondo significado de la eucaristía, hemos de recuperar el simbolismo básico del pan y el vino. Para subsistir, el hombre necesita comer y beber. Y este simple hecho, a veces tan olvidado en las sociedades satisfechas del bienestar, revela que el ser humano no se fundamenta a sí mismo, sino que vive recibiendo misteriosamente la vida.

La sociedad contemporánea está perdiendo capacidad para descubrir el significado de los gestos básicos del ser humano. Sin embargo, son estos gestos sencillos y originarios los que nos

devuelven a nuestra verdadera condición de criaturas, que reciben la vida como regalo de Dios.



Concretamente, el pan es el símbolo elocuente que condensa en sí mismo todo lo que significa para la persona la comida y el alimento. Por eso el pan ha sido venerado en muchas culturas de manera casi sagrada. Pero, desde que nos llega de la tierra hasta la mesa, el pan necesita ser trabajado por quienes siembran, abonan el terreno, siegan y recogen las espigas, muelen el trigo, cuecen la harina. El vino supone un proceso todavía más complejo en su elaboración.

Por eso, cuando se presenta el pan y el vino, se dice que son «fruto de la tierra y del trabajo del hombre». Por una parte, son «fruto de la tierra» y nos recuerdan que el mundo y nosotros mismos somos un don que ha surgido de las manos del Creador. Por otra son «fruto del trabajo», y significan lo que los hombres hacemos y construimos con nuestro esfuerzo solidario. Una comida y una bebida que alimentan nuestra vida sobre la tierra, nos invitan a trabajarla y mejorarla, y nos sostienen mientras caminamos hacia la vida definitiva.

YO SOY

Yo soy el pan de vuestras primaveras,
la realidad de vuestros sueños de antaño;
yo soy el pan de vuestros veranos,
el camino de nuestra humanidad;
yo soy el pan de vuestros otoños,
la vida de cada hora que pasa;
yo soy el pan de vuestros inviernos,
la resurrección de vuestra tierra;
yo hago de cada estación de vuestra vida
una inmensa eucaristía,
una pascua de libertad,
una ruta de eternidad.
nuestro pobre pan,
nuestro humilde vino.
lo ponemos en tu mesa.

El pan que Jesús da no es su carne física sino su propia historia. Es una historia de amor a la vida. Comerla, identificarse con ella es el trabajo de quien entiende el camino salvífico de Jesús. Esta identificación es la que puede llevar la vida a la plenitud. Así la persona adquiere una profunda verdad, la misma verdad y el mismo sentido que ha tenido el Señor. Por medio de este amor a la corporalidad se establece un vínculo indisoluble, de familia, entre el Padre, Jesús y el creyente.

« No es parte de tus bienes lo que tú das al pobre; lo que le das le pertenece...

La tierra ha sido dada para todo el mundo y no solamente para los ricos»

San Ambrosio

- Nuestras Eucaristías , ¿son celebraciones de la fe y de la vida?
- ¿Oímos la palabra y los gritos de los empobrecidos de la tierra?
- ¿Buscamos los lugares oportunos para encontrarnos con las personas diferentes a nosotros en raza, cultura y religión?

«A la Iglesia ha de preocuparle dónde van a dormir los pobres. El pueblo de Dios ejerce su función profética en la construcción de la sociedad canalizando una rebeldía pacífica pero firme, provocando y expresando la resistencia ante toda forma de exclusión social, de migración forzada, de racismo o xenofobia. Y la profecía tiene en muchos casos, la forma de “pequeños relatos”, de opciones liberadoras con los pobres y para los pobres, la de una compasión que busca la justicia»,

NICOLÁS CASTELLANOS



Compromiso:

1. Defender el derecho de las personas a emigrar.
2. Asumir la defensa pública de los inmigrantes favoreciendo un cambio de mentalidad social en esta materia.
3. Reivindicar la urgencia de una estrategia global de codesarrollo.
4. Apostar decididamente por políticas de integración.
5. Colaborar con las asociaciones de apoyo a los inmigrantes, participando en las redes sociales que se van creando.
6. Prestar una atención especial a los inmigrantes «sin papeles».
7. Suscitar dentro y fuera de la Iglesia una reflexión serena sobre los retos que plantea la convivencia de tradiciones culturales diversas.